

Capítulo 5. Carta N° 5.



Así, pues, no me he equivocado, querida amiga, al suponer que usted iba a ir cobrando poco a poco interés por el inconsciente. Que usted se burla de mi vicio por exagerar las cosas es algo a lo que ya estoy acostumbrado. ¿Pero por qué escoge usted al respecto mis preferencias por el asunto de los partos? En lo que al caso se refiere tengo razón.

Usted se ha expresado últimamente en el sentido de que mis pequeñas historias, que acostumbro a ensartar aquí y allá, le agradan. “Anima el asunto -dice usted-, y una está casi tentada a creerle al presentar usted ejemplos tan sólidos.” Bueno, de todas formas, podría también haberlos inventado o, al menos, adaptado. Cosas de éstas acontecen fuera y dentro del gremio de los eruditos. Pero está bien, usted no se quedará sin su historia.

Hace algunos años una mujer, después de mucho tiempo de infecundidad, dio a luz a una niña. Fue un parto de nalgas, y a la mujer se le sacó artificialmente la recién nacida bajo narcosis en una clínica de maternidad, bajo la dirección de un conocido tocólogo, con dos asistentes y dos comadronas. Dos años más tarde la mujer quedó nuevamente embarazada, y como yo había ganado mientras tanto más influjo sobre ella, quedamos en que no se haría nada con relación al parto sin que lo supiese yo antes. Se decidió que el parto tendría lugar en casa y que sólo asistiría una comadrona. El embarazo había transcurrido, contrariamente al caso anterior, sin molestias. Poco antes del parto fui llamado por la comadrona, por expreso deseo de la parturienta, que vivía en otra ciudad. Que el parto, al parecer, iba a ser de nalgas y que qué se hacía. Cuando yo llegué la posición del niño era realmente la descrita y los dolores todavía no habían comenzado. La parturienta tenía mucho miedo y quería que la llevasen a la clínica. Yo me senté a su cabecera, penetré un poco en sus para mí ya conocidos complejos y represiones y me puse a describirle con brillantes colores -y usted bien sabe si esto me da mí resultado a no- las delicias del parto. La señora comenzó a alegrarse, y una expresión muy particular en sus ojos me comunicó que la chispa había prendido. Luego traté de enterarme de por qué el niño se presentaba otra vez de nalgas. “De nalgas es el nacimiento más fácil -me dijo-, pues el pequeño pompis del niño es blando y sale más lentamente que la cabeza gruesa y dura.” Entonces le conté yo la historia del instrumento gordo y delgado, duro y flácido en el interior de la vagina, más o menos tal como no hace mucho se lo he contado a usted. Esto le hizo impresión, pero sin embargo, todavía le quedaba un resto de displicencia. Finalmente vino a decirme que me creería con gusto, pero que todo el mundo le había hablado tanto de lo terrible de esos dolores que, a pesar de todo, prefería ser narcotizada. Y en caso de que la criatura viniese de nalgas se le daría la narcosis, pues ya lo sabía por experiencia. Entonces le dije que si era tan tonta que se quería perder el placer más grande de su vida, que lo hiciese. Que yo no tendría nada en contra de que se narcotizase en el momento en que no pudiera resistir más, pero que, para ello, no era de ningún modo necesario que la criatura viniese de nalgas. “Yo le doy a usted permiso para que se narcotice también si el niño viene normal, con la cabeza para adelante. Usted misma debe decidir si se narcotiza o no.” Con éstas me marché, y ya al día siguiente recibí la noticia de que media hora después el niño estaba ya con la cabeza en su posición normal. El parto tuvo después lugar con la mayor facilidad del mundo. La púérpera me describió luego, en una hermosa carta, el desarrollo del mismo: “Usted tenía razón, doctor, pues fue un auténtico placer. Como estaba la botella de éter sobre la mesa, y yo tenía permiso para narcotizarme, no tenía miedo ninguno, podía observar todo lo que pasaba y juzgarlo sin estorbo. Durante un momento el dolor, que hasta entonces había tenido siempre algo de maravilloso, se hizo insoportable y yo grité: ‘¡El éter!’ Pero agregué inmediatamente: ‘Ya no es necesario’. El niño lloraba ya. Lo único que

lamento es que mi marido, a quien tanto tiempo he atormentado con mi absurdo miedo, no puede gozar de este supremo placer.”

Si usted sigue escéptica al respecto, bien puede llamarla si quiere una sugestión llevada a feliz término, sin la pretendida fuerza probatoria que yo le doy. Me es indiferente. Pero estoy convencido que la próxima vez que usted vaya a tener un hijo, observará usted también todo lo que pasa “sin estorbo”, se liberará de un prejuicio y aprenderá a conocer algo de lo cual la insensatez, aterrorizándola, le ha privado.

Luego, querida amiga, pasó usted tímidamente a tocar el delicado tema de la masturbación; insinuó lo mucho que usted despreciaba este vicio solitario y no pudo menos que expresar su disconformidad con mis horribles teorías sobre la masturbación inocente a cargo de los fetos con la cabeza hacia abajo, los estreñimientos y los embarazos. Finalmente tuvo que decir que usted encontraba cínicos mis puntos de vista sobre las condiciones fundamentales del amor materno. “De este modo puede usted reducir todo a masturbación”, decía usted.

En efecto, y usted no va nada descaminada en la suposición de que yo deduzco, si no todo, al menos muchísimo del fenómeno de la masturbación. La manera de cómo llegué a formarme esta opinión es, quizá, más interesante que la opinión misma, por lo que se lo voy a contar.

Dentro de mi profesión, y también fuera, he tenido a menudo la ocasión de observar el lavado de los niños, operación que, como su propia experiencia confirmará, difícilmente se lleva a término sin lloros y chillidos por parte de los pequeños. Pero, probablemente, lo que no sabe usted -y en verdad no merece la pena prestar atención a tales pequeñeces- es que los niños lloran cuando se les hace unas cosas y dejan de llorar cuando se les hace otras. Hablamos del lavado, naturalmente. El niño, que no dejaba de llorar mientras se le lavaba la cara -si usted quiere saber por qué llora el niño cuando le lavan la cara, déjese usted misma lavar esa parte del cuerpo por una persona amada con una esponja o trapo tan grande como para cubrirle a la vez boca, nariz y ojos-, ese niño, decía, deja de llorar no bien se le empieza a dar pases con la esponja por entre las piernas. Es más, el rostro del niño adquiere casi una expresión extática y permanece bien quieto. Y la madre, que poco antes se esforzaba con promesas y consuelos por hacerle soportable al niño el agua y el jabón, adquiere ahora un tono mucho más suave, amable, casi diría, enamorado; también ella cae, por así decirlo, en éxtasis, y sus movimientos son otros, más delicados, más cariñosos. Ella no sabe que le está procurando placer sexual al niño, que le está enseñando a masturbarse, pero su Ello sí que lo siente y lo sabe. Lo erótico de la acción es la causa de la expresión de placer en la madre y en el niño.

Así pues, esto es lo que acontece. La madre misma le da al niño lecciones de masturbación. Y el caso es que debe hacerlo, pues la Naturaleza acumula precisamente la suciedad allí donde se encuentran los órganos de placer. Tiene que hacerlo, no le queda otra alternativa. Y, créame, muchas de las acciones que se acogen al nombre de limpieza, por ejemplo, la diligente utilización del bidé, al lavarse después de defecar, la limpieza íntima, no son más que repeticiones forzadas por el inconsciente de aquellas placenteras lecciones de la madre.

Estas pequeñas observaciones, que usted puede comprobar en cada momento, bastan para derribar toda esa fortaleza de terror que hombres necios se han dedicado a construir alrededor de la masturbación. Pues, ¿cómo se puede llamar vicio a una costumbre que ha sido impuesta por la madre? Una necesidad a la que cada hombre, desde que ve el mundo, está inevitablemente sometido, ¿puede ser algo sentimental? ¿Cómo se justifica la expresión “vicio solitario” para un asunto que, como ejemplo a imitar, le enseña la madre al niño, abierta y libremente, varias veces al día? ¿O cómo sería, si no, limpiar al niño sin ocasionarle placer? ¿Y cómo puede uno atreverse a llamar nociva a la masturbación si es algo que está incluido en el desarrollo de la vida humana como natural e inevitable? Con la misma razón se podría tachar de vicioso el andar, o de antinatural el comer, o afirmar que el hombre que se suena la nariz se ha de perder irremisiblemente. Esa necesidad ineludible con que la vida impone la masturbación en tanto que coloca heces, orina y mal olor en las partes donde también se halla localizado el placer sexual, demuestra que la divinidad ha dotado al hombre con esos actos de supuesta viciosidad para cumplir determinados fines y mostrarle cómo nuestra cultura humana, nuestro mundo, se construye en buena parte sobre la masturbación.

¿Cómo hemos llegado, se preguntará usted, a considerar que un comportamiento de por sí necesario y natural haya adquirido la fama universal de ser algo denigrante e igualmente peligroso para la salud y para

la mente? Lo mejor sería que usted buscara respuesta entre gente más erudita, pero, sin embargo, algo puedo yo también decirle. En primer lugar, eso de que la mala fama de la masturbación es universal, y lo mismo su nocividad, no es cosa cierta. Yo mismo no tengo experiencia personal de costumbres exóticas, pero he leído muchas cosas al respecto, y esto me ha hecho tener otra opinión. Además, a lo largo de mis paseos por el campo, me ha llamado la atención encontrar alguna que otra vez, detrás del arado, a algún muchacho campesino que, solo, pero honradamente, disfrutaba de su placer. Y lo mismo se puede ver también entre muchachas campesinas, a no ser que, como consecuencia de habérselo prohibido en la infancia, les hayan cerrado los ojos y sigan con ellos cerrados; una prohibición de este estilo puede perdurar por años enteros, tal vez toda la vida. A menudo, resulta divertido comprobar cuántas cosas no ven los hombres porque mamá lo ha prohibido. Pero no hace falta que hablemos de los campesinos. Sus mismos recuerdos le dirán a usted lo suficiente. ¿O es que la masturbación deja de ser nociva por el hecho de que su amante o su marido juegue con la mano en esas partes tan excitables y para él tan apreciadas? No es ni siquiera necesario hablar de las mil posibilidades de masturbación solapada e inocente, como son cabalgar, columpiarse, bailar, o de las diferentes maneras de comportarse con ocasión de defecar. Las caricias, cuyo sentido más profundo apunta a la masturbación, están también en esta línea.

A todo esto no se le puede llamar masturbación, piensa usted. Tal vez sí, tal vez no; depende de cómo se entienda. Para mi opinión, no existe ninguna gran diferencia por el hecho de que la excitación provenga de una mano ajena o de la propia, es más, ni la mano es siquiera necesaria; a veces, bastan sólo los pensamientos y, sobre todo, los sueños. Aquí los tiene usted otra vez, a estos desagradables intérpretes de ocultos secretos. No, querida amiga, si usted supiera todo lo que mi humilde persona -al menos con apariencia de razón- considera de carácter masturbatorio, no volvería a hablar de la nocividad de esta práctica.

¿Conoce usted a alguna persona a la que le haya dañado? La masturbación misma, no el miedo a las consecuencias, pues éste sí que es verdaderamente peligroso. De nuevo, ¿ha conocido usted a alguien? ¿Y cómo se imagina usted el caso? ¿Son el poco semen que se desperdicia en el hombre y las secreciones húmedas de la mujer los culpables? Esto ni usted misma se lo cree. Al menos no se lo creerá si alguna vez ha abierto y leído alguno de los manuales de fisiología que se utilizan en las Universidades. La Naturaleza ha sabido proveer de una manera inagotable y, además, los excesos se prohíben por sí mismos. En el hombre y el muchacho el descanso se impone después de la erección y eyaculación y en la mujer aparece también una especie de saciedad que dura un par de días o, al menos, algunas horas. Con el sexo pasa como con la comida. De la misma manera que no revienta uno por comer, tampoco agota la fuerza sexual por masturbarse. Bien entendido, se trata de masturbarse, no del miedo a la masturbación, que es otra cosa muy diferente y que, esto sí, mina la salud. Por eso me importa mucho sacar a la luz el hecho de que son unos verdaderos delincuentes todos aquellos que hablan del vicio solitario y atemorizan a los demás. Como todos los hombres, consciente o inconscientemente, se masturban, ello es un crimen contra toda la humanidad, un crimen horrible. Y una idiotez, una idiotez tan grande como el querer sacar consecuencias nocivas para la salud del hecho de que el hombre adopte, al caminar, una postura erecta.

No, no se trata de la pérdida de la sustancia, dice usted. Sí, pero muchas personas lo creen, muchas personas siguen creyendo aún que la solución seminal procede de la columna vertebral y que, con su desperdicio, la médula espinal acaba por secarse, y lo mismo el cerebro y que luego viene la demencia.

También el nombre de onanismo, que se le ha dado a la masturbación, habla en el sentido de que lo horroroso para el hombre es la pérdida de semen. ¿Conoce usted la historia de Onán? En realidad, esta historia no tiene que ver nada con la masturbación. La ley de los judíos mandaba que, en caso de quedarse una mujer viuda y sin hijos, el hermano del muerto estaba obligado hacerse cargo de su cuñada y tratar de darle hijos: hijos que, sin embargo, se consideraban como descendientes del muerto. De por sí, una ley que no era del todo tonta, pues servía al mantenimiento de la tradición y a la conservación de la tribu, aun cuando a nosotros, hombres modernos, nos parece un poco extraña. Nuestros antepasados pensaban de una manera semejante: hasta muy poco antes de la reforma protestante existía en la ciudad de Verden una disposición análoga. Ahora bien, Onán llegó a encontrarse en esta situación debido a la muerte de su hermano, pero como no podía tragar a su cuñada, en lugar de dejar que el semen penetrara en su cuerpo lo desperdiciaba

arrojándolo al suelo, trasgresión de la ley por la que le castigó Yahweh con la muerte. El inconsciente de las masas recogió de esta narración únicamente el hecho de desperdiciar el semen por el suelo y estigmatizó con este nombre a toda práctica que se le pareciese, dando el tono por otra parte el pensamiento de la muerte por masturbación.

Bueno, no lo crea usted si no quiere. Por el contrario, las fantasías libidinosas, éstas sí que tendrían la culpa. Ay, querida amiga, ¿no ha tenido usted jamás fantasías libidinosas en los brazos de su amado y antes? Quizá trate usted de eliminarlas, las reprime, como se dice técnicamente; ya llegaré a hablar ocasionalmente sobre el concepto de represión. Esas fantasías están ahí; se presentan y tienen que presentarse, porque usted es una persona y no puede simplemente prescindir de su cuerpo. Me llama la atención en estas gentes que creen que nunca tienen pensamientos libidinosos el que son personas que llevan tan lejos el principio de limpieza y pulcritud que no solamente se lavan todos los días, sino que también hacen pasar agua y jabón por el ano. Gentes nada peligrosas, ¿no es cierto? Ni siquiera se dan cuenta que por muy profundamente que se laven el ano, más arriba queda todavía un tubo lleno de mierda. Y, para decirlo de una vez, cuando emplean la lavativa lo que realizan inconscientemente es un coito simbólico. La limpieza es solamente el pretexto con que el inconsciente engaña la conciencia, la mentira que permite seguir siendo, según la letra, fiel a las prohibiciones maternas. Lo mismo acontece con las represiones de las fantasías eróticas. La consecuencia es que éstas penetran más profundamente en el hombre y luego reaparecen adoptando otras formas. ¿Ha visto usted alguna vez cómo una delicadísima, etérea, totalmente inocente jovencita se vuelve enferma mental? ¿No? ¡Lástima! Sin duda que ello le curaría a usted de por vida de creer en lo que la humanidad llama limpio y puro y acabaría por dotar a las palabras pureza e inocencia de su verdadera denominación: hipocresía. Esto no es ningún reproche. El Ello necesita también de la hipocresía para sus fines, y precisamente en este caso los fines no están demasiado ocultos.

Es posible que nos acerquemos más a la cuestión de por qué la masturbación provoca un horror tan grande entre padres, maestros y todos los que ocupan una posición de autoridad, si examinamos la historia de este horror. Yo no es que haya leído mucho, pero tengo la impresión de que fue hacia finales del siglo XVIII cuando se desencadenó todo este griterío contra la masturbación. En la correspondencia existente entre Goethe y Lavater, hablan los dos de masturbación espiritual todavía de una manera tan inocente que no se diferencia de lo que podrían decir si hablasen simplemente de un paseo por el bosque.

Aquella era también la época en que se comenzaba a hablar de los enfermos mentales, y los enfermos mentales, sobre todo los aquejados de cretinismo, eran muy dados a la masturbación. Es bien posible que se hayan trastocado aquí causa y efecto dando origen a la creencia: porque el cretino se masturba, hay que concluir que se volvió idiota debido a la masturbación.

Pero, a fin de cuentas, hemos de buscar en realidad las causas que han llevado al hombre a adquirir un horror tan extraño hacia algo que la madre de por sí le ha enseñado desde pequeño en otra parte. ¿Puedo postergar la pregunta? Es que tengo todavía muchísimas cosas que decir y la carta es ya, de todas formas, suficientemente larga. Brevemente, quisiera aún llamar la atención sobre una extraña tergiversación de los hechos que incluso se encuentra tratándose de hombres superiores. Se dice que la masturbación es un sustitutivo del acto sexual “normal”. ¡Lo que se podría decir sobre la expresión acto sexual “normal”! Pero lo que me ocupa a mí aquí es la palabra sustitutivo. ¿Cómo se puede llegar a un absurdo como éste? La masturbación, en esta o en la otra forma, no abandona al hombre a lo largo de toda su vida; la así llamada actividad sexual normal, sin embargo, aparece a una determinada edad y desaparece, a menudo, al tiempo que las prácticas masturbatorias adquieren otra vez la forma infantil del juego consciente con los órganos genitales. ¿Cómo se puede considerar a un fenómeno como sustituto de otro que recién comienza de quince a veinte años más tarde? Al contrario, habría que considerar hasta qué punto muchas veces el acto sexual normal no es más que una simple masturbación en la que vagina y miembro viril cumplen las funciones que normalmente competen a la mano o al dedo. En estos asuntos yo he llegado a resultados sorprendentes y no dudo que a usted le ocurrirá lo mismo si se decide a investigar la cosa.

Bueno, ¿y qué es del amor materno? ¿Qué tiene el amor materno que ver con todo esto? Más de lo que parece. Ya insinúe antes que la madre se transforma de una manera extraña cuando limpia a su hijo

en los genitales. Ella no es consciente de lo que pasa, pero precisamente el placer gozado conjunta e inconscientemente es el que más une, y hacer gozar a un niño, sea en la forma que sea, provoca amor en los mayores. Mucho más aún que entre amantes crea el dar en las relaciones madre-hijo más felicidad que el tomar.

Tengo aún que agregar un punto sobre el influjo de la masturbación, algo que, sin duda, le hará a usted menear la cabeza. Pero no se lo puedo ahorrar; es importante y ofrece una posibilidad más de penetrar en las oscuridades del inconsciente. El Ello, el inconsciente, piensa simbólicamente y, entre otros, tiene un símbolo según el cual el niño y órgano sexual vienen identificados y utilizados indiferentemente con el mismo sentido. El aparato genital femenino es la niña, la hijita, la hermanita, la pequeña amiga; el masculino es el hombrecito, el jovencito, el hijito, el hermanito. Esto suena raro, pero es así. Y ahora le ruego a usted que, sin ingenuos pudores ni falsas vergüenzas, reconozca lo mucho que cada persona ama a sus órganos sexuales, lo mucho que, por necesidad, tienen que amarlos, pues de ellos provienen, a fin de cuentas, todo placer y toda vida. Por muy grande que usted se imagine ese amor, se queda corta, y ese gran amor lo transfiere el Ello —el transferir es también una de sus propiedades— al niño, confunde, por así decirlo, órgano sexual y niño. Una buena parte del amor de la madre por el hijo procede del amor que ella siente por su propio aparato genital y de recuerdos masturbatorios. ¿Ha sido fuerte lo que dicho? Por hoy ya me queda sólo que agregar una nonada, pero que quizá aclare un poco por qué la mujer, por lo común, ama más a los niños que a los hombres. ¿Recuerda usted lo que le decía con ocasión de hablarle del lavado de las partes sexuales en los niños y cómo yo relacionaba, haciendo uso del simbolismo inconsciente, el placer que de ello resultaba con el amor al hijo? Pues bien, ¿cree usted que el placer producido por el roce con ocasión del susodicho lavado ha de ser igual en el niño que en la niña? Yo no.

Suyo afectísimo

.

PATRIK TROLL

Volver a Publicaciones de Groddeck

Volver a Newsletter 22-ex-48